

Sobre el sentido de la vida, desde una hermenéutica analógica

Prof. Dr. Mauricio Beuchot*
UNAM, México, D.F.

Resumo: En este artículo se intenta aplicar la hermenêutica, más concretamente una hermenéutica analógica, al tema del sentido de la vida. Este problema fundamental, del sentido de la vida, requiere de la interpretación, por estar muy asociado con lo simbólico; y, por esto último, pide una hermenéutica analógica, ya que el símbolo es eminentemente analógico. Ya Kant decía que el símbolo solo se puede conocer por analogía.

Palavras Chave: Hermenéutica, analogía, símbolo, sentido de la vida, hermenéutica analógica.

Abstract: In this article is intended an application of Hermeneutics, more specifically an Analogic Hermeneutics, to the topic of the meaning of life. This fundamental problem requires interpretation, being as it is very akin to symbol; and, for this reason, demands na Analogic Hermeneutics, in as much as the symbol is something very analogical. Kant Said that the symbol only can be known using analogy.

Key words: Hermeneutics, analogy, symbol, meaning of life, Analogic Hermeneutics.

Introducción

En estas líneas me plantearé la pregunta sobre el sentido de la vida; pregunta fundamental, pues aun cuando a veces vivimos un tanto instintivamente, apenas tenemos un momento de reflexión y nos surge casi irremediamente ese cuestionamiento. Aristóteles decía que la filosofía surge cuando el hombre tiene resueltos los problemas de la subsistencia,¹ y dice bien; pero, por eso mismo, cuando tenemos un poco de calma, y sobre todo cuando vamos avanzando en la vida, esto es, en edad, se vuelve más persistente ese planteamiento. Es una pregunta eminentemente filosófica, por más que se la hace el hombre independientemente de la función que tenga en la sociedad.

En la actualidad, en nuestra sociedad y nuestra cultura, parece que todo se hace para evitar esa pregunta, pues queremos vivir como si no fuéramos a morir, con una especie de estado de inmortalidad parecido al de cuando éramos adolescentes. Sin embargo, ha sido una pregunta propia de la filosofía, que ha recorrido su historia. Lo cual parece indicar que es algo que el filósofo tiene que recuperar en la actualidad, para ejercer de verdad su función, para responder a una inquietud muy básica de nuestros semejantes, como una función que tiene el filósofo en la sociedad, de conciencia.

La hermenéutica me ha enseñado que no se puede vivir sin sentido, que el sentido que demos a la vida es lo que nos impulsará a persistir en ella, por lo menos a vivirla con alegría y como algo que tiene calidad.² Esa calidad de vida, en la que tanto se insiste ahora, sólo puede alcanzarse si se le da un sentido a la vida. Hay personas que piensan que la vida no tiene sentido, pero ya eso mismo, negar que tiene sentido, es meditar sobre él, así sea con un pesimismo desahogado. El mismo criticar el sentido establecido para la vida en una sociedad es buscar un sentido. Siempre, pues, estamos a la búsqueda del sentido, sobre todo del sentido de la vida. Trataré de expresar algunas reflexiones sobre un tema tan amplio y tan profundo a la vez.

* Es investigador en el Instituto de Investigaciones Filológicas, de la UNAM, de cuyo Seminario de Hermenéutica es coordinador. Ha publicado libros sobre hermenéutica, los últimos de los cuales son: *Interpretación y sentido. Caminos hacia una hermenéutica analógica* (Saltillo, México: Gobierno del Estado de Coahuila, 2009) y *Hermenéutica analógica y búsqueda de la comprensión* (Chihuahua, México: Universidad Autónoma de Chihuahua, 2010).

¹ Aristóteles, *Metafísica*, I, 1, 982b23-25.

² J. Grondin, *Del sentido de la vida. Un ensayo filosófico*, Barcelona: Herder, 2005, pp. 25 ss.

La eterna pregunta sobre el sentido de la vida

Podemos decir que desde que el hombre es hombre (porque ello implica la reflexión, y la principal se da sobre el existir) se ha planteado esta pregunta. Las religiones han tratado de ser una respuesta, con toda su diversidad y su riqueza. Pero también, dentro de ese fenómeno llamado filosofía, que suele colocarse en los griegos antiguos, en los presocráticos, porque allí se sitúa su origen, también se ha planteado, sin duda. En la filosofía se ha tratado de responder esa pregunta, independientemente de la religión, aunque no ha estado del todo separada de ella. En efecto, aun cuando decimos que la filosofía surgió desterrando el mito, esto es, la religión, siguió usándolo, en los mismos presocráticos, y en otros, como Platón, e incluso a lo largo de la historia no ha dejado de hacerlo (en nuestra misma actualidad hemos visto que la filosofía convivió con mitos, como el del progreso indefinido, el del fin de la historia, etc.).³

De hecho, el ser humano común se plantea en algunos momentos de su vida el problema del sentido de la existencia. Es lo que lo hace continuar existiendo. Como hermeneuta, pienso que ésa es la pregunta fundamental. Tal vez en esos momentos sale lo más filosófico del hombre.

Esto se ha tratado también en la psicología. Aunque Freud decía que no le interesaba tener explícita la filosofía subyacente a su teoría, tenía muchos supuestos filosóficos, toda una cosmovisión. Más abierto fue Jung, quien decía que no se podía evitar lo filosófico en la psicología, sobre todo en el tema del sentido. Explica: “Alrededor de un tercio de los casos míos no padece una neurosis únicamente determinable, sino la falta de sentido y de objeto de su vida; nada tengo que objetar si se pretende designar este estado como la neurosis general de nuestro tiempo. Más de dos tercios de mis pacientes se hallan ya en la segunda mitad de su vida”.⁴ Pero es un trabajo que toca a cada quien, pues pocas líneas después añade: “Y por lo que respecta a los pretendidos normales, no me encuentro en situación de ofrecerles una concepción, ya preparada, de la vida”.⁵ Cada quien tiene que ser constructor del sentido de su vida, aunque lo encuentre o lo recoja de alguna cosmovisión, incluso la recibida y aceptada por su sociedad. Tan es así, que hay toda una concepción de la psicoterapia, la de Viktor Frankl, que se centra en la organización del sentido, en un conjunto de creencias o ideas que dan sentido a la persona, la logoterapia.⁶

Nuestra época, de tardomodernidad o posmodernidad, no se muestra muy diferente de la de Jung, en la que la enfermedad principal era la falta de sentido. Ahora que, con la globalización, se ha alcanzado una notable bonanza económica, política y social (sobre todo en algunas partes, como la Unión Europea y los Estados Unidos), es cuando hay más alto índice de suicidios y de gente que se droga, bebe o atiborra los hospitales psiquiátricos, no con enfermedades típicas, sino por no saber qué hacer con su vida.

Algunos dirán que basta con un proyecto de vida, pero eso no es suficiente, hay que darle un sentido, una orientación, pues de otro modo quedará como una gran terapia ocupacional (que ocupará toda la vida), con el fin de no pensar en dar ese sentido que ella espera de nosotros.

Ya desde antiguo se han dado muchas respuestas desde la filosofía, a lo largo de toda su historia, al problema de la vida. Desde el pesimismo y el nihilismo más

³ R. Caillois, *El mito y el hombre*, México: FCE, 1988, pp. 166 ss.

⁴ C. G. Jung, *La psique y sus problemas actuales*, Santiago de Chile: Zig-Zag, s.f., p. 75.

⁵ *Ibidem*.

⁶ V. Frankl, *Psicoanálisis y existencialismo*, México: FCE, 1952 (2a. ed.), pp. 40 ss.

extremo, que llevó a muchos estoicos al suicidio, hasta un hedonismo exacerbado, como el que vemos en la actualidad, en la que parece que sólo el placer es digno de estima. Con muchas variantes intermedias, en las que se tiene cierto pesimismo, pero no absoluto, o se profesa como valor el placer, pero no únicamente sensible, sino también el intelectual, cultural o espiritual.

Entre esas respuestas se encuentra la que dice que el sentido de la vida está en el amor, en el afecto. Hay que matizar, pues hay varios tipos de amor. Distingamos lo que Aristóteles y los medievales llamaron amor de concupiscencia y amor de benevolencia. El amor de concupiscencia es muy bueno, pero tiene el peligro de la posesividad; en cambio, el amor de benevolencia es más amplio y abarcador, es universal y gratuito, pues se puede dar a cualquiera, de cualquier edad, sexo y condición. Es lo que, de manera muy amplia, se ha llamado amistad.

Recordemos que Epicuro puso la amistad como el valor mayor, el mayor placer, incluso mayor que los sensuales. Es un placer del espíritu, y parece coronar los bienes que podemos alcanzar en esta vida. Una vida con amor, con benevolencia, con amistad, es la mejor. A mí me parece que el amor, en sus varias modalidades, pero especialmente en esta, que es la más amplia y abarcadora, es el principal sentido de la vida. Puede ser hacia los amigos, la familia o hacia quien sea, y es siempre perfectivo de la persona.

Acostumbrados por Brentano y la fenomenología a pensar en la intencionalidad, uno de los discípulos de Brentano, Freud, nos ha hecho ver que la intencionalidad, en este caso la pulsión, mientras más se proyecte hacia fuera de nosotros, hacia los demás, es más perfectiva y más realizadora del ser humano, en tanto que mientras más se proyecte hacia dentro, hacia nosotros mismos, nos encierra en el narcisismo, que es la fuente mayor de la enfermedad psicológica.⁷

De esta manera, el ser humano busca siempre un sentido para su vida, en la doble acepción de dirección y significado. No solamente un proyecto de vida que lo oriente, que le dé una dirección, sino, sobre todo, una significación que dé calidad a su vida, lo que antes se veía como la noción de felicidad. Y es que el sentido objetivo de la vida es aquello en lo que encontramos la perfección, y el sentido subjetivo o personal, o encarnado de la misma es la felicidad. Los griegos veían como sentido objetivo o perfección la virtud, la vida virtuosa, y como sentido subjetivo la felicidad que esa perfección redituaba en el individuo.⁸ Retomando eso, puedo decir que la virtud principal es la del amor, y que su ejercicio redundaba en felicidad. Todo lo que se avance en esa dirección da felicidad al hombre; es, por ello, su sentido.

La situación actual sobre el sentido de la vida

La llamada tardomodernidad o posmodernidad, en la que nos encontramos ahora, es un panorama variopinto. Hay una caída de las corrientes que antes se presentaban como principales, me refiero al marxismo y a la filosofía analítica. El marxismo era fuente de sentido, movilizaba a los hombres con una utopía, es el poder de una causa final, que dirige y motiva. Uno recuerda a los jóvenes marxistas, moverse por ese fin, la revolución, el cambio, etc., y hasta dar su vida por su ideal.

La filosofía analítica daba un sentido menos social, pero daba sentido, en la línea de la ciencia, del conocimiento científico. Si el marxismo se consideraba el socialismo científico, a diferencia del socialismo utópico, la filosofía analítica veía al

⁷ M. Beuchot, "Aristóteles y la escolástica en Freud a través de Brentano", en *Espíritu* (Barcelona), 47/118 (1998), pp. 161 ss.

⁸ G. Fernández de la Mora, *Sobre la felicidad*, Oviedo: Eds. Nobel, 2001, pp. 107 ss.

marxismo como nada científico y muy utópico, lo colocaba de plano en el espacio de la utopía. El científicismo también ha tenido su utopía, el ideal de una sociedad regida por la sola razón, y decretaba un racionalismo y un empirismo como los del positivismo, con la idea de que todo iba a ser racional. Esto se reflejaba en utopías como la de Aldous Huxley, en *Un mundo feliz*, pero sobre todo en la de F. B. Skinner, *Walden dos*, ya que este psicólogo conductista estuvo muy cercano a analíticos como Ryle y Quine; de este último fue amigo (y le dio la base psicológica para su teoría del lenguaje).

Ahora se conserva algo de este utopismo científicista, pero poco, con la globalización. Los posmodernos antimodernos han hecho una crítica muy fuerte a la modernidad y, por tanto, al racionalismo y al científicismo, pero han sido pocos. Son los que Habermas denomina posmodernos antimodernos. Los otros son posmodernos neoconservadores. Son conservadores del liberalismo de la modernidad, ahora como neoliberalismo, la globalización. Estos son los más, por eso ahora son estos neocapitalistas de la globalización los que están poniendo el sentido a la vida.⁹

Sociólogos como Baudrillard y Lipovetsky se encargaron de señalar el vacío de sentido que la globalización está dejando en los seres humanos. Ver el consumismo como ideal de vida, como felicidad, es en el fondo un hedonismo muy fuerte. El consumismo tiene como mejor aliado al hedonismo, porque lo que mejor se vende es el placer, sobre todo el sensual. Uno ve cómo se vende el placer, por ejemplo el sexual, en tantas empresas de pornografía (grandes *sex shops*), y pronto parece que el placer que da la droga superará en ventas al placer que da el sexo. Es el problema de nuestra época de globalización, en la que el sentido de la vida es el placer, pero éste parece que no llena el vacío del hombre, lo deja igual.

Se requiere algo más, y es donde creo que entra el afecto, el amor. En efecto, el sexismo, la venta prácticamente pornográfica del cuerpo humano no parece saciar el deseo del hombre; no es el amor más pleno, ya que le falta el afecto. Se queda en ser amor de concupiscencia, y falta ese amor de benevolencia del que hablaron griegos y medievales. En este último se cifra el sentido, de manera bastante y suficiente, pues es lo que nos deja más satisfechos y llenos, sin ese vacío que los otros valores, como el placer, el dinero, el poder y el prestigio nos dejan. Ellos pretenden llenar, pero no alcanzan a hacerlo; la prueba está en que nos hacen buscarlos en mayor cantidad. El que tiene placeres busca más placeres, el que tiene dinero busca más dinero, el que tiene poder busca más poder y el que tiene prestigio busca más prestigio, de una manera casi insaciable. Pero, en cambio, el que tiene amor, da más amor.

Esto es algo que no parece proporcionar ni los analíticos ni los posmodernos, ya que ambos confluyen en la tecnocracia de la globalización. A veces da la impresión de que la globalización, además de excluir a muchos y globalizar la pobreza, ha globalizado también el sinsentido, esto es, la falta de un sentido que brinde la felicidad. La felicidad es algo que tiene que ser concorde con la naturaleza humana, no podemos engañar a éste y darle lo que no la va a realizar, a dar plenitud, como no podemos engañar a un apetito natural, por ejemplo la sed, tomando arena, o al hambre, pretendiendo nutrir nuestro organismo con lo que no lo hace.

Esto lo tuvieron muy claro pensadores que, antes de establecer o construir una ética, se tomaron el trabajo de conocer al hombre, de conocer su naturaleza, de construir una antropología filosófica o filosofía del hombre. Y algo muy significativo es el auge que recientemente está tomando la antropología filosófica, como nos lo hace ver Tugendhat, que ahora se afana tanto en ello.¹⁰ Ese regreso de la antropología

⁹ M. Beuchot, *Historia de la filosofía en la posmodernidad*, México: Ed. Torres, 2009 (2a. ed.), pp. 7-8.

¹⁰ E. Tugendhat, *Antropología en vez de metafísica*, Barcelona: Gedisa, 2008, pp. 17 ss.

filosófica es sintomático de una falta de sentido de lo que es el ser humano, lo cual se tiene que estudiar, para que siga una ética e incluso para que persista en la existencia, para que no se quite la vida.

Hace falta una especie de mediación, entre analíticos (sobre todo los más positivistas) y posmodernos (sobre todo los más relativistas), para encontrar una salida de ese impasse, que ha bloqueado la discusión actual. Se necesita encontrar una vía diferente que nos saque a un terreno más promisorio, donde nuestra reflexión sobre la vida, donde nuestro estudio de la misma pueda ser más fecundo, un camino distinto.

Interpretar la vida

Buscar el sentido es interpretar. Así, buscar el sentido de la vida es poder interpretar la vida. Con todo, se ha dicho que la vida se interpreta reflexionando sobre la muerte. No en balde la filosofía ha sido vista como meditación sobre la muerte (*meditatio mortis*). Si Heidegger veía la ontología como hermenéutica de la facticidad, aquí, al hacer hermenéutica de la vida, estamos haciendo un tipo de ontología.¹¹ Es la ontología que cuaja en la antropología filosófica, en la filosofía del hombre (aunque Heidegger, como se vio en su debate con Cassirer en Davos, la rechazó). Esta disciplina ha sido muy relegada, casi abandonada, por miedo a tener que ver con la naturaleza humana, y el antiesencialismo del presente aconseja la huida, el evitarlo.

Sin embargo, sea la naturaleza humana, sea algo menos peligroso (por fuerte) como la condición humana, estamos preocupados con nuestro ser de hombres, con nuestro ser humano. Yo creo que podemos mantener una cierta idea de naturaleza humana que no sea incompatible con la historia, esto es, que se dé en la historia. De manera concreta, la naturaleza humana se desarrolla históricamente. Así no se desatará el miedo que surge de encontrarnos con algo completamente abstracto, atemporal, inmutable. Hay una esencia humana, y en ese nivel abstracto es incambiable; pero se da en concreto de manera histórica, y allí presenta realizaciones diversas, según la circunstancia, el contexto. De esta manera hacemos compatibles la naturaleza y la historia, que muchos han separado como irreconciliables.

Vemos, al recorrer la historia del pensamiento, que, a pesar de que se han dado muchas interpretaciones de la vida, esto es, diversas respuestas al sentido de la existencia, no han sido tan divergentes que no se pueda sacar algo en común. Para empezar, todas ellas buscan cuál es la felicidad humana. Y se plantean diversas concepciones de la humana felicidad, pero algunas tienen que ser más correctas que otras. Aquí la multiplicidad no invalida la temática, sino que muestra los diversos enfoques que el pensador puede adoptar frente al problema, algunos de los cuales pueden estar completamente errados. Me refiero a los que proponen cosas demasiado parciales sobre lo que es la felicidad humana, o los que de plano proponen cosas que van contra ella. Como dice Ricoeur, la historia nos sirve para no repetir las cosas que hemos hecho en contra del hombre, las que lo han dañado, lastimado, etc. (como guerras, persecuciones, opresiones, etc.).¹² También hemos de aplicar esto a la consecución del conocimiento de la felicidad del hombre, felicidad que no puede estar en contra de la naturaleza humana misma.

Inclusive, aquí vemos que hermenéutica y ontología coinciden. Es la interpretación de la realidad. Esto sucedía en los medievales, que veían el mundo como un texto. Interpretar el mundo era, entonces, rebasar la hermenéutica y hacer ontología; interpretar, dentro del mundo, al hombre era, asimismo, hacer ontología y desembocar en una antropología filosófica. Mas para esto va a ser necesaria una

¹¹ M. Heidegger, *El ser y el tiempo*, México: FCE, 1955, pp. 275-278.

¹² P. Ricoeur, *La memoria, la historia, el olvido*, Madrid: Trotta, 2003, pp. 241 ss.

hermenéutica analógica. No una hermenéutica cualquiera, sino una articulada con la noción de la analogía, que nos permita juntar hermenéutica, ontología y antropología filosófica.¹³

Y es que hasta hace muy poco nos hemos dado cuenta de que estamos distendidos por hermenéuticas unívocas y por hermenéuticas equívocas, y lo que está haciendo falta es una hermenéutica analógica, intermedia y mediadora entre ellas. La hermenéutica unívoca tiene la pretensión de alcanzar una interpretación clara y distinta de los textos, cercana a la interpretación definitiva; y la hermenéutica equívoca se rinde y descrece de que se pueda alcanzar incluso una interpretación mínimamente rigurosa de los textos. Vemos la hermenéutica unívoca en los positivismos de toda laya, con su racionalismo y cientificismo reduccionista; y la hermenéutica equívoca en muchos posmodernismos, con su escepticismo y relativismo irreductible. Por eso hace falta esa postura intermedia entre las dos.

Leer la vida analógicamente

En efecto, una hermenéutica analógica nos permite interpretar al ser humano buscando un sentido pleno, un *sensus plenior*. Una hermenéutica así nos hará sobrepasar la limitación de la hermenéutica unívoca, que es la pretensión (las más de las veces inalcanzable) de un sentido completamente claro y distinto, lo cual no alcanzamos en el sentido de la vida, al leer al hombre. Y también nos ayudará a evitar la limitación de la hermenéutica equívoca, que es la demasiada ambigüedad en la interpretación. Ni puro sentido literal, unívoco, ni puro sentido alegórico, yéndose peligrosamente a la equivocidad. Sentido analógico, que, sin pretender ese rigor, no cae en la vaguedad excesiva; sin caer en la cerrazón, tampoco pretende esa apertura desmedida, que disuelve el sentido.¹⁴

Interpretar el mundo, leer el libro de la naturaleza, y dentro de él leer e interpretar al hombre, eso era lo que hacían los medievales. Y veían al hombre como un microcosmos, esto es, como un compendio del universo, de todas las cosas. Es reflejo del orden que se da en el cosmos. Pero, sobre todo, ese orden se refleja en la sociedad, en la convivencia política. En ella se busca la satisfacción de las necesidades vitales, que son materiales, por el trabajo; y también humanas, como el afecto. Por eso Aristóteles decía que la finalidad de la sociedad política era el trabajo y la amistad. Por eso Freud añadió que lo único que buscaba con su terapia era hacer ayudar al hombre a amar y trabajar mejor. Con eso es más que suficiente.

No parece bastar el trabajo, hay que añadir la amistad, el amor, el afecto, como sentido del hombre. Ahora que vemos a tantos que se refugian en el trabajo, que son adictos a él como a una droga (lo que en inglés se llama “*workoholics*”, alcohólicos del trabajo), sacamos la conclusión de que no son felices, están tapando su angustia y su depresión, ocultando su infelicidad. La felicidad está más del lado del afecto, del amor, de la amistad.

Inclusive da la impresión de que mucho de lo que hacemos en el activismo, en la exageración del trabajo, es para no disfrutar del afecto, de la cercanía emocional con los otros. También el psicoanálisis nos ha advertido acerca de lo difícil que es al hombre el disfrutar (el propio Freud tiene la famosa anécdota de que, cuando se le cumplió su deseo de ir a Florencia, que tanto ansiaba, se desmayó, por la dificultad de procesar ese goce). Por eso también nos es tan difícil aceptar que es el afecto, el amor, el que llena la vida, nuestra vida.

¹³ M. Beuchot, *La hermenéutica en la Edad Media*, México: UNAM, 2002, pp. 151-166.

¹⁴ El mismo, *Perfiles esenciales de la hermenéutica*, México: UNAM-FCE, 2008 (5a. ed.), pp. 48-58.

En la hermenéutica analógica realizamos una dialéctica extraña. No es como la hegeliana, que concluye, que reconcilia, que saca una síntesis de los dos opuestos, sino que los hace convivir de manera frágil. Esos opuestos, que son lo unívoco y lo equívoco, no se destruyen, se acercan a pesar de sus diferencias, con sus mismos caracteres antitéticos, y se ponen a coexistir, con una coexistencia pacífica muy frágil, pero suficiente. Así también, con una hermenéutica analógica, podemos juntar en el límite esos dos opuestos que son la justicia y el bien, o la buena vida, o la calidad de vida, y obtener un equilibrio frágil, con algo como lo que Ricoeur llama “dialéctica fracturada”,¹⁵ que consiste en reservar los dos opuestos, y que el tercer elemento dialéctico sea su convivencia, su coexistencia, difícilmente lograda, pero suficientemente alcanzada. Ese punto de encuentro entre la justicia y el bien, entre el trabajo y el disfrute, es la amistad, el afecto, el amor.

De esta manera, no caeremos en la tentación de proponer un sentido de la vida unívoco, que es el trabajo, como el que propone el univocismo de los positivismo. Pero tampoco un sentido de la vida equívoco, que es el placer, como el que propone el equivocismo de muchos posmodernismos. Será más bien un sentido analógico, el de la vida, que acepta la diversidad de ideas o ideales de vida buena, pero reunidos bajo la tensión hacia un ideal único de convivencia que es el de la justicia, la cual es el amor hecho realidad, y es lo que en el fondo buscamos con nuestra cultura de los derechos humanos.

De hecho, en la noción de ideal de vida buena se da la idea de felicidad. La felicidad, por más romántico que nos suene, sigue siendo la finalidad de la vida, el propósito de la existencia, aun cuando haya diversas ideas sobre la felicidad, a veces hasta contrarias. Pero, como hemos visto, se pueden acercar, mediar, tratar dialécticamente, para obtener en el medio, en la mediación, ese tercer elemento dialéctico que brota de la tensión de los opuestos y que incluso vive de esa tensión misma. Entre el unívoco trabajo, y el equívoco placer, el amor, que hace subir al placer más espiritual y que es el trabajo más placentero o, por lo menos, lo que hace más placentero el trabajo.

Recordemos que la vida es una paradoja, pero que muchos reducían la paradoja con esa dialéctica que unía los contrarios. La paradoja residía en la imposibilidad de concordarlos. Pero en muchos momentos se ha buscado esa *coincidentia oppositorum* que tenga coherencia, que no sea mera incoherencia. Que sea como la prudencia de Aristóteles, o la discreción de Gracián, que buscaban reunir esas cosas opuestas encontrándoles la correspondencia, es decir, hallándoles la semejanza, a veces oculta, el punto en el que conectaban, la analogía.¹⁶

Y esto resulta más necesario en el punto del sentido de la vida, de la dirección de la existencia, pues es algo tan fundamental para el ser humano que casi no se discute. Negarlo sería caer en contradicción. Decir que no hay sentido de la vida es ya un sentido que se le da. Por eso más vale darse a la tarea de buscarlo, y esforzarse por encontrar el mejor que sea posible. Y hemos visto que, a pesar de que hay muchos sentidos que se proponen como el de la vida, el de la existencia, se puede señalar el amor, el afecto, la amistad, como el que más nos la llena, el que mejor la colma, y nos deja satisfechos, felices. Es algo que se puede disfrutar, pero también es producto de mucho trabajo; por eso reúne, en el límite, trabajo y placer, y se puede disfrutar plenamente.

¹⁵ P. Ricoeur, *El mal. Un desafío a la filosofía y a la teología*, Buenos Aires: Amorrortu, 2006, pp. 53-58.

¹⁶ M. Beuchot, *Tratado de hermenéutica analógica. Hacia un nuevo modelo de la interpretación*, México: UNAM-Itaca, 2009 (4a. ed.), pp. 31-59.

Conclusión

De todo lo anterior nos resulta que la pregunta por el sentido del ser, de la vida, del existir, es algo muy necesario. Y es, además, algo muy propio de la hermenéutica, esta rama de la filosofía que se dedica a la búsqueda del sentido, en los textos o en todas las cosas vistas como textos. Mas, ya que la hermenéutica actual se encuentra distendida dolorosamente entre corrientes unívocas y equívocas, hace falta llegar a una postura intermedia y mediadora, que no es otra sino la analógica, ya que la analogía es el modo de significar que se encuentra en medio de los otros dos, extremos: la univocidad y la equivocidad.

Aquí es donde más se necesita esa hermenéutica analógica, donde más se exhibe su fecundidad. Para superar la paradoja de la vida, que muchas veces tiene que avanzar tomando en cuenta las oposiciones que se dan en la realidad. Esos opuestos los reúne en el límite, los acerca, de modo tal que puedan convivir sin destruirse. No los supera, porque eso implica el destruirlos, sino que los hace coexistir, dentro de su mismo conflicto, al cual disminuye lo más posible, y los hace estar el uno junto al otro, aun más: ayudarse mutuamente, trabajar el uno para el otro. En eso sí se da la verdadera coincidencia del trabajo y el disfrute, en la amistad. Incluso podemos pensar en el amor como Amor, como un amor tan grande que tiene que ser algo personal, Dios mismo, que es trabajo y placer, creatividad y gozo, por ser el amor más completo. No en balde Ramón Llull escribió, con esta perspectiva hermenéutica, su *Libro del amigo y del amado*. La amistad y el amor encuentran su máxima expresión en un Dios así, el cual puede llenar de sentido la vida y más allá de ella, en una existencia que no termina.

Recebido para publicação em 03-10-10; aceito em 18-11-10